

Descubrimiento y Conquista del Amor por los chinos

La "Prta. Visión" de Piedra preciosa

terribles. En general, desde fuera, toda la vida china parece terrible, sangrienta. Y no lo es. De veras; no lo es. Es tan benigna y tan tranquila como en cualquier comarca de Europa. Más tranquila quizá...

trabajar y de comer y de divertirse como si hubiera paz, pues no se acuerda nadie de ellos...

La señorita Ma=Cel hace una pausa.

—Tengo que reconocer— prosigue— que esta con-

ducta de los soldados de mi Patria es un poco anómala. Realmente no es serio guerrear así, sin que la población pacífica se aperceba: sin bombardear ciudades abiertas, ni hospitales, sin echar a pique barcos mercantes; sin fusilar mujeres. Algunos países más civilizados han procurado remediar esas irregularidades, que quizá se deban a insuficiencia técnica, ofreciendo— en venta, por supuesto— tanques y artillería moderna y gases asfixiantes a los ejércitos que luchan. Pero hasta ahora no se han aceptado los ofrecimientos. Y, se lo confesaré a usted aunque parezca, confesándolo, una enemiga del Progreso: yo espero y deseo de todo corazón que mis compatriotas sigan siendo lo bastante bárbaros para no aceptar sugerencias civilizadoras de ese tipo.

Y diciendo esto, la bella mujercita de Oriente sonríe altiva, desdeñosa.

LA EXTIRPACIÓN DE «LA CARABINA»

La conversación vuelve a recaer en las mujeres.

—Lo que pudiéramos llamar así, en general, «el Amor»— me explica la señorita Ma=Cel— es lo que más ha cambiado en China en los últimos veinticinco años. ¿Usted sabe cómo se casaban antes las gentes en mi tierra? Pues verá: cuando una niña tenía cuatro o cinco años, sus padres entablaban negociaciones con otros que tuvieran un niño de la misma edad, poco más o menos, y si llegaban a un acuerdo, acordaban casarlos. Seguían criándose cada uno de los prometidos en su casa, y un buen día, cuando tenían diez y ocho o veinte años, sin haberse hablado jamás, sin haberse visto jamás, sin tener la más ligera idea el uno

del otro, se hacía la boda, y ya vivir juntos para siempre!

—Bueno, pero si al ir a casarse no se gustaban podrían...

—¿Qué? ¿Negarse al matrimonio? ¡Ca! Había que casarse... Claro que el hombre no se echaba un yugo demasiado pesado con eso. Existía la poligamia. Además de la esposa, el varón tenía sus concubinas en el mismo hogar. Y podía consolarse con ellas. Para la



La señorita Hwang=Ma=Cel, con el traje nacional de su país, hablando con el Redactor=Jefe de ESTAMPA

(Foto Zapata.)

HABLANDO DE LA GUERRA

—Si. Si. Ya sé lo que me va a decir usted: ¿Y la guerra? Pues la verdad es que la guerra apenas la nota la población civil. Se sabe, sí, que hay unos cuantos millares de soldados que manda el general Tal que andan a tiros con otros que manda el general Cual; pero como se limitan a matarse entre ellos, sin molestar a los demás; como no interrumpen los negocios de los industriales y comerciantes, ni impiden a los agricultores dedicarse a sus faenas, ni privan a las gentes de

LA señorita Hwang=Ma=Cel es china. «Ma» en chino es «piedra preciosa». «Cel», «exposición»; de modo que llamarse «Ma=Cel» es llamarse algo así como «Visión de Piedra preciosa». Les doy a ustedes mi palabra de que la señorita Hwang=Ma=Cel hace honor al nombre. De figura bellísima: alta, esbelta, ondulante; con unos grandes ojos, a los que la ligera oblicuidad presta una gracia melancólica; con su boquita plegada en una fina sonrisa, que deja entrever los dientes blancos y menudos, sí, la señorita Ma=Cel es, créanlo, una criatura muy mona. Una criatura preciosa.

He tenido el placer de conocerla en un sitio donde verdaderamente no podía esperar un encuentro así: en una verbena, en Segovia. La señorita Hwang=Ma=Cel, que es hija de un diplomático que durante muchos años fué Embajador de China en Madrid, Su Excelencia Li=Yu=Hwang, y de una dama casi española, una hermana de don Julio Bronta, el ilustre escritor que ha popularizado en España la obra de Bernard Shaw, ha venido de China a pasar una temporada con el señor Bronta y su familia, y está en Segovia durante el verano con ellos.

Hemos estado mucho rato hablando de China; de su evolución, de sus costumbres; sobre todo de la situación de las mujeres allá.

LA FALDA CORTA Y LA MELENA EN CHINA

—No conservan— me dice la señorita Hwang—, no conservan ninguno de aquellos viejos usos que tanto chocaban a los occidentales: han modificado el traje, acortando mucho las faldas; no se oprimen los pies para empequeñecerlos... Muchas hasta llevan, como yo, melena a la garçonne...

—Pero ¿no había prohibido eso el Gobierno de su país? Por lo visto, había decretado pena de muerte para toda mujer que se dejara melena...

Mi interlocutora se encoge de hombros:

—¡Oh! Ya sabe usted lo que pasa algunas veces con las leyes... En China, como en otras partes, no todas las disposiciones legales se aplican rigurosamente... Claro que desde lejos esas decisiones parecen

ARROZ GRANITO



黃瑪賽

Aquí no saben ustedes qué dice, ¿verdad? Pues dice:

«Hwang = Ma=Cel». Es la firma de nuestra entrevista vada.

chinas y chinos casados con europeos; sobre todo con rusos, franceses, belgas y alemanes. Ya existen muchos millares de hijos de estas uniones, de «eurasianos», como se les llama. Yo creo que estos mestizos, cuyo número crece prodigiosamente, van a formar, dentro de poco, una unidad étnica capaz de hacer algo grande.

Los que más se resisten a casarse en China—continúa mi amable informadora—son los yanquis y los ingleses. Es decir, los varones... Porque las mujeres se conoce que las pobres no pueden permitirse ese lujo de tener escrúpulos de raza, y yanquis e inglesas se casan con los chinos en cuanto tienen ocasión.

—Bueno, señorita—he dicho a mi linda amiga cuando acababa de explicarme la transformación de las costumbres chinas—, y ¿viven ustedes ahora mejor que antes? ¿Hay más felicidad?

Mi amiga ha quedado indecisa un instante.



mujer, naturalmente, no había un consuelo parecido. Feo, antipático, idiota, malo, fuera como fuera el marido, era menester soportarlo y serle irrecusablemente fiel y mimarlo.

Poco a poco se ha ido modificando ese régimen odioso: los prometidos empezaron a conocerse por medio de retratos. Era violar la ley, pero era la ley tan dura que todo el mundo cerraba los ojos a esa pequeña transgresión de que la novia se procurara una fotografía del que iba a ser su marido y él una de ella.

Más tarde, las mujeres, que vivían, si no encerradas como en los países musulmanes, retraídas de la vida social activa, comenzaron a salir, y los novios se veían a lo lejos, a hurtadillas.

Luego, pudieron reunirse y pasear, aunque bajo la custodia de una dama que acompañara a la novia. De una... ¿Cómo llaman ustedes a esas señoras que autorizan a las jóvenes?

—¿Dueñas?

—No. No. Eso era antes. Digo ahora... ¿Cómo las llaman ahora...?

—¿Carabinas?

—Eso es. «Carabinas»... Pues bien, salían con la «carabina»...

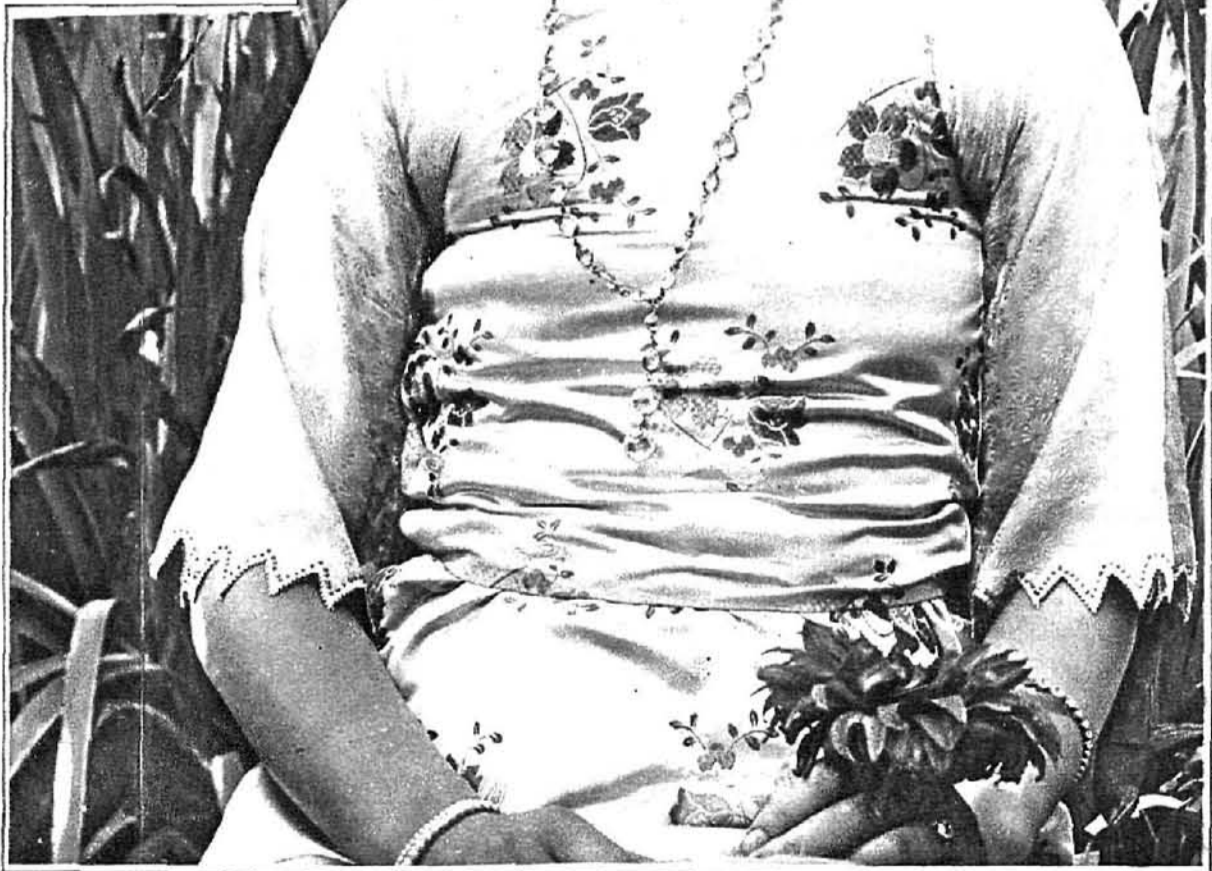
Hasta que, por fin, hasta la «carabina» se ha suprimido. Ahora, las muchachas chinas salen solas de sus casas; van a las Universidades a estudiar; a trabajar en las oficinas públicas, en los talleres, en los periódicos, en los comercios; asisten a bailes... Hacen la misma vida que las mujeres europeas y alternan diariamente, como ellas, con los hombres, y aceptan de marido el que quieren, el que les gusta...

—¿Y las concubinas?

—¡Ah! Las concubinas se acabaron. La poligamia está suprimida en las leyes y en las costumbres. Queda, es verdad, algún que otro viejo que conserva más de una mujer: tipos que ya parecen raros, extravagantes...

TINTA SAMA para su estilográfica

ARROZ GRANITO



He aquí dos encarnaciones distintas de la señorita Hwang: vestida a la europea y con el bello traje chino.

(Fotos Zapata.)

Además—sigue diciendo con aire satisfecho la señorita Ma=Cel—tenemos el divorcio. Antes era preciso soportarlo todo del marido; sufrirlo todo, fuera lo que fuera. No era posible separarse de él. Hoy el divorcio está establecido y, cuando no hay más remedio, se realiza.

—Y la costumbre de que los chinos no se casaran con extranjeros ¿se ha abolido también?

—También. Por completo. Hay una porción de

—Felicidad...—ha dicho, al fin—. Felicidad no sé si habrá más... Seguramente nuestras abuelas vivían contentas en su retiro, junto al esposo que el azar les había dado, ignorantes y tranquilas. Seguramente encontrarían insensata nuestra existencia actual... Pero nosotras nos hemos adherido a ella, y aunque nos traiga penas y trabajos nuevos, la queremos. La queremos y nada podrá hacer que volvamos hacia atrás.

VICENTE SANCHEZ-OCAÑA

Ulloa-Optico

Gafas-Lentes

Carmen, 14-Madrid